

DAVID M. BARNETT



EL HOMBRE
QUE SE FUE
A MARTE
PORQUE QUERÍA
ESTAR SOLO

«Una historia divertida, conmovedora e increíblemente positiva».

Sunday Express

Todos conocemos a alguien como Thomas. El vecino gruñón que se queja de tu comportamiento incívico en las reuniones de la comunidad de vecinos. El señor que te chista si tienes que esperar un minuto detrás de ti en la cola del supermercado. El compañero que manda un *mail* con copia a toda la empresa si por error acabas el último rollo de papel higiénico...

Thomas está perfectamente satisfecho yendo siempre por su cuenta, alejándose de los demás y de sus problemas. Pero bajo esa fachada gruñona se esconden una historia y una tristeza que a todos nos resultan dolorosamente familiares. Y está a punto de encontrar una familia que cambiará su manera de ver las cosas...

Un hombre que había dado el mundo por perdido. Una familia que le enseñará a vivir. *El hombre que se fue a Marte porque quería estar solo* es una historia irresistible y reconfortante sobre amistades improbables y segundas oportunidades, perfecta para los lectores de *La tentación de ser felices*, *El insólito peregrinaje de Harold Fry* y *Un hombre llamado Ove*. Te hará reír, llorar... y reconciliarte con todos los cascarrabias que han pasado por tu vida.

**EL HOMBRE
QUE SE FUE
A MARTE
PORQUE QUERÍA
ESTAR SOLO**

DAVID M. BARNETT

ÍNDICE DE CONTENIDO

Cubierta

El hombre que se fue a Marte porque quería estar solo

Dedicatoria

Cita

Primera parte

1. Once de febrero de 1978
2. La cabaña a 35 000 kilómetros
3. Cuarenta metros sobre el nivel del mar
4. ¿Qué tal se está en el espacio?
5. El consejo de Gladys Ormerod a la Nación
6. Once de enero de 2016. David Bowie ha muerto
7. El rifle de francotirador de la verdad
8. La llamada telefónica
9. *#CallingMayorTom*
10. Once de febrero de 1978, otra vez
11. La revuelta de los paletos
12. Gladys Ormerod estuvo aquí
13. Mil grados centígrados
14. La carta
15. ¡Soy yo, Gladys!
16. Todo va a salir bien
17. P-E-R-D-I-D-A
18. Estancamiento
19. Seis mil millones de síes y un no
20. Lo que podrías haber ganado
21. Un entorno singular y muy estresante
22. ¡Vamos a ser ricos!

Segunda parte

23. Verano de 1988. El estanque
24. Cinco mil libras
25. Actividad extravehicular

26. El corazón palpitante de la Wigan multicultural
27. Nadie más aquí
28. No puedo dormir por las noches
29. ¡Slough, tenemos un problema!
30. Objetivo principal
31. Verano de 1988
32. Ser valiente y quedarse
33. El timbre
34. Adonde fue Julie Ormerod
35. En busca del ángel azul
36. Un buen hombre, en el fondo
37. Caída libre
38. Tal vez seas el primer hombre que llegue a Marte
39. Por lo menos el doble
40. Una persona desconocida
41. Gracias a Dios por la lluvia

Tercera parte

42. Thomas Major está hecho de gatitos
43. Día de año nuevo del 200
44. Ansioso por ser salvado
45. Jugando a ser adultos
46. He estado en Wigan
47. Contención de daños
48. Las cartas de Laura
49. Larga vida y prosperidad
50. Luz verde
51. Terminar a lo grande
52. La gente que se casa
53. Los años de matrimonio (2003-2011)
54. Todo en su justa medida
55. *Calling Occupants Of Interplanetary Craft*
56. Permanecer unidos
57. Hacia el desastroso sur
58. Al estilo Ormerod
59. El crepúsculo de Marte
60. Major Tom tiene un plan
61. Una llamada más
62. Hermanos
63. Miedo a volar

64. ¿Y ahora?

65. Última hora

66. ¿Qué es lo peor que le podría pasar?

67. ¿Se acabó?

68. Once de febrero, 2017

Agradecimientos

Notas

Para Claire, Charlie y Alice.

Cuando mi cabeza se pierde por el espacio, vosotros
mantenéis mis pies en la tierra y me henchís el corazón.

A la memoria de Malcolm Barnett, 1945-2016

En cuanto empezamos a comprender que la Tierra en sí es una especie de nave tripulada que va disparada a través del espacio infinito, parecerá cada vez más absurdo que no hayamos organizado mejor la vida de la familia humana.

HUBERT H. HUMPHREY, vicepresidente de los Estados Unidos,
1966.

☆ ☆ ☆

Turned out nice again^[1]

GEORGE FORMBY

PRIMERA PARTE

☆ 1 ☆

11 DE FEBRERO DE 1978

Hace mucho tiempo, en un cine muy muy lejos de donde ahora mismo se encuentra, el chico y su padre caminan hacia la oscuridad. El chico abraza contra su pecho una bolsa de golosinas y unas palomitas pequeñas, su padre lo conduce por el pasillo con una mano firmemente agarrada a su hombro, la alfombra se les pega a los pies. La película no ha empezado aún, pero las caras de los que se han sentado ya miran hacia los anuncios, bañadas por una luz pálida. Las pequeñas columnas de humo de los cigarrillos se entrelazan y anudan en el vacío negro que hay entre la pantalla y el público. Desde las concurridas filas de asientos se eleva un murmullo sordo de conversación susurrada.

Thomas Major nunca ha sido tan feliz. Este es su regalo de cumpleaños: ir a los cines Glendale a ver la película que le fascina desesperadamente, como si fuera parte de su vida, como si siempre lo hubiera sido y estuviera impresa en su ADN. En casa, situados cuidadosamente sobre el escritorio de su habitación, tiene los regalos de su verdadero día de cumpleaños, del cual hace un mes: unas figuras de juguete de los alienígenas de la cantina de *La guerra de las galaxias*, dos muñecos de Snaggletooth y Hammerhead, que se colocan sobre unas plataformas giratorias para hacerlos pelear entre sí, y un disco de la banda sonora de la película interpretada por la Orquesta Filarmónica de Londres, colocado con pulcritud junto al viejo reproductor Dan-

sette de su madre y el montón de discos de 45 pulgadas que le regaló con él.

Y ahora Thomas y su padre están en la película. La película de verdad. El fin de semana del estreno. Han hecho una cola que daba la vuelta a toda la manzana para entrar en el cine más viejo de Caversham (y uno de los más viejos de todo Reading), y mientras esperan Thomas le pregunta a su padre si le gustaría ir al espacio.

—Seguramente cuando tengas mi edad habrá ciudades en la Luna —dice papá—. No es mi estilo, de todos modos. No hay atmósfera. —Se carcajea y golpea a Thomas en el hombro—. Podrías irte a vivir allí. Como en la canción. *Major Tom*. Tu madre llevaba unos tres meses embarazada cuando salió esa canción. Creo que por eso quería llamarte Thomas. Me parece que ahora lleva el mismo tiempo embarazada. —Se detiene, luego mira a Thomas—. Por Dios. ¿Esa canción de *Fígaro* aún es número uno? No me gustaría gritar ese nombre por la ventana para que mi hijo viniera a merendar.

—Se llama *Space Oddity* —dice Thomas distraídamente—. No se llama *Major Tom*, se llama *Space Oddity*.

Mientras hacen cola para entrar, un coche *beige* pasa junto a la puerta del cine. Frank Major silba.

—Mira qué pasada. Volkswagen Derby. Salió el año pasado. Ya me gustaría tener uno de esos. —Frota el pelo de Thomas con los nudillos—. Pareceríamos un par de tíos muy guays subidos en él, ¿eh?

Thomas se encoge de hombros. No le interesan los coches. Su padre sigue:

—Puede que consigamos uno este año. Pero me gustaría montar un invernadero. Añade valor a la casa, vaya que sí. Pero podríamos reformar el desván también. Hay una casa en la calle de al lado que tiene porche acristalado, y le han reformado el desván. La sacaron por veintitrés mil pavos el año pasado, ¿no te parece increíble?

Aún no es de noche pero el cielo ya está de color azul profundo. La Luna llena está muy cerca del horizonte, sobre los tejados negros. Como una moneda de diez peniques, dice papá. Thomas cierra un ojo y pone el pulgar y el índice alrededor del disco lunar.

—¡La tengo, papá! ¡Tengo la Luna!

—Métetela en el bolsillo, hijo —dice—. No sabes cuándo puedes necesitarla. Venga, parece que por fin vamos a entrar.

Thomas mete la mano en el bolsillo del pecho de su camisa marrón y deja caer la moneda de diez céntimos lunar, invisible, sin peso. La tripa de Thomas todavía está amablemente hinchada por el menú de la comida, pero aún le queda sitio para chucherías y dulces. Su padre mueve la cabeza y murmura «Parece que no tengas fondo» antes de dejar el dinero en la taquilla.

Ahora papá lo dirige hacia un asiento solitario al final de una fila, junto a un hombre y una mujer con tres niñas pequeñas. Thomas siente un nudo en el estómago, algo que no sabe nombrar. Mira interrogativamente a su padre.

—¿Por qué solo una butaca?

—Quédate aquí —dice papá, y vuelve para hablar con la mujer que vende helados. El cabello de la mujer parece tallado en granito y su cara también, la cual gira hacia Thomas. Le clava dos ojos como alfileres a través de la penumbra. Papá le da un billete de una libra y ella le ofrece dos helados de chocolate. Vuelve a mirar a Thomas, luego a papá, que hace una mueca y le da otro billete de una libra. Luego vuelve hacia Thomas acompañado por la mujer. Thomas tiene las palomitas apoyadas sobre las rodillas y las golosinas en el bolsillo. Papá le pone un helado en las manos.

—Thomas, hijo —dice—. Papá tiene que ocuparse de unos asuntos.

Thomas lo mira y pestañea.

—¿Qué asuntos? ¿Y la película?

—No pasa nada. Es muy importante. Es... —Mira hacia la pantalla como si esperara encontrar algún tipo de inspiración—. Es una sorpresa para mamá. —Se da golpecitos en un lado de la nariz—. Recuerda las reglas del «día de chicos», ¿vale? Que quede entre nosotros.

Thomas también se toca la nariz, pero sin mucha convicción. Siente un vacío en el estómago, como un gran bostezo.

—Esta es Deirdre —dice papá—. Te va a echar un ojo hasta que yo vuelva.

La mujer mira a Thomas por encima de la nariz, la boca fruncida en una línea estrecha y descolorida, como si el escultor no se hubiera esforzado en hacerla parecer humana.

—¿Cuánto vas a tardar? —dice Thomas, sintiendo el peso de toda la negrura del cine contra su espalda, sintiéndose muy solo.

—Antes de que te des cuenta estoy aquí —contesta papá, y guiña un ojo. Luego empieza la música y Thomas se vuelve hacia la pantalla llena de estrellas y palabras que se van desplazando, alejándose de él.

«Nos encontramos en un periodo de guerra civil. Las naves espaciales rebeldes, atacando desde una base oculta, han logrado su primera victoria contra el malvado Imperio Galáctico».

Thomas se vuelve para mirar a su padre, pero ya se ha marchado.

☆ 2 ☆

LA CABAÑA A 35 000 KILÓMETROS

Cinco horizontal: tristemente de la mano, van el astro rey y la que puede ser antigua, de oro o simplemente Media.

Thomas Major cierra los ojos para pensar y decide que lo mejor que hay es el silencio. Ningún claxon, ninguna voz gritando, ningún motor de inyección, ningún teléfono sonando, ningún *bip-bip-bip* de camiones de la basura marcha atrás.

Nada.

Nadie llamando a la puerta, ni los bajos de la música horrible que ponen los demás, ningún portazo, ninguna televisión atronadora.

Solo silencio.

Ni parloteos de programa de radio, ni soniditos de mensajes que acaban de llegar, ni martillos neumáticos, ni gente en la calle destrozando música clásica.

Ninguna de las cosas que ha clasificado en su cabeza como «amenazas del aura».

Thomas Major siempre ha querido tener una cabaña. Ahora, aislado como una crisálida, lejos de cualquier persona y de sus horribles ruidos, golpea con la punta de su lápiz la primera página del *Gran Libro Guardián de los Crucigramas Verdaderamente Difíciles y Crípticos*. El golpeteo del lápiz es un buen sonido, un acompañamiento para el fuerte ejercicio mental. Y es su sonido, su ruido.

Igual que el que hace al dar un gran sorbo de té, caliente y demasiado dulce. No hay nadie alrededor que pueda reprocharle sus modales. Sorberá si quiere. Le da vueltas al té en la boca hasta que se enfría lo bastante como para pasar con imponente sonoridad hacia el fondo de su garganta.

—Chúpate esa —dice cuando se lo ha tragado. No se lo dice a nadie en concreto.

Todo lo que ha querido en la vida es su propia cabaña. Envidiaba a esos hombres que podían desaparecer en el fondo de sus jardines y encerrarse lejos de cualquier cosa y de cualquier persona. Y ahora, en su cumpleaños número cuarenta y siete, está por fin solo, libre para sorber té, para pasar todo el tiempo que quiera haciendo crucigramas. Ha estado reservándose este libro y sus trescientos sesenta y cinco acertijos imposibles. Golpea la página con el lápiz de nuevo. ¿Van de la mano? ¿Tristemente? ¿De oro, Media?

Precisamente porque Thomas Major puede hacer lo que quiera en este lugar, decide que pondrá un poco de música para pensar mejor. Música adecuada, por cierto, nada de ese *chun-chun-chun* que vomitan los coches caros de esos jóvenes que sudan arrogancia. Le habría gustado traerse toda su colección de vinilos, pero el espacio es complicado. Así que lo digitalizó todo, cada pista de cada álbum, cada single y cada cara B, cada rareza, cada siete pulgadas que venía pegado en la portada de una revista de música. Todo. Por ser su cumpleaños piensa que podría escuchar algo animado y jovial, quizás The Cure. Enciende el ordenador, contestando con una mueca de desaprobación a los laboriosos tics y zumbidos que emite, y se decide por *Disintegration*. Un retorno magnífico a la penumbra, 1989. Las pistas empiezan a reordenarse, cosa que a Thomas no le gusta (un disco debería escucharse en el orden que la banda escogió), pero aún no sabe manejar muy bien el ordenador. La primera canción que suena es *Homesick*^[2]